

A muscular man with long hair tied back, wearing a red and black plaid kilt and a silver sporran, stands in a Scottish landscape. He holds a sword in his right hand. In the background, there are green hills, a stone castle on a hill, and mountains under a cloudy sky.

LA MEJOR  
REPUTACIÓN  
JULIA LONDON

«Cálida, ingeniosa y verdaderamente atrevida».  
Stephanie Laurens, autora *best seller* de *The New York Times*.

Rebelde. Soltera. Incorregible. La reputación de Catriona Mackenzie era bien conocida allá por donde iba. Su difunta tía Zelda le había enseñado a decir lo que pensaba, y eso fue lo que hizo Catriona cuando el legado de Zelda, un refugio para mujeres, se vio en peligro. Su cometido la llevó a cruzarse en el camino del misterioso e inquietante Hamlin Graham, duque de Montrose, y pronto conoció los rumores que corrían sobre él.

Hamlin, rodeado de secretos y mentiras, tenía que soportar el miedo y la desconfianza de aquellos que lo creían un asesino. La repentina desaparición de su esposa y la verdad que debía callar ponían en peligro sus posibilidades de conseguir un deseado escaño en el Parlamento. Sin embargo, siguió guardando sus secretos hasta que apareció en su vida una mujer de ojos brillantes y férrea determinación. Aunque las graves acusaciones que pesaban sobre él pudieran acarrearle la ruina, su verdadera perdición podía ser aquella pasión desenfrenada.

# Capítulo 1

*Kishorn Lodge, Highlands de Escocia, 1755*

Los Mackenzie de Balhaire habían mantenido un encendido debate sobre la cuestión de dónde enterrar a la venerable Griselda Mackenzie. Arran Mackenzie, su adorada prima, quería que la enterraran en la casa solariega de la familia, junto a los antepasados de los Mackenzie de los últimos doscientos años. Sin embargo, Catriona, la hija menor de Arran, que estaba tan unida a su tía Zelda como a su propia madre, quería enterrarla allí, en Kishorn Lodge, donde Griselda había pasado la mayor parte de su extraordinaria vida.

Al final, llegaron a un acuerdo. La tía Zelda recibió sepultura en la cripta familiar de Balhaire, pero un mes más tarde se celebró un festival en su honor, una *fèille*, en Kishorn. Aquello sí satisfizo a Catriona, porque era la celebración que quería para una mujer que había vivido a su manera.

Por desgracia, el tiempo empeoró mucho la noche de su festival. Kishorn estaba muy lejos, en las Highlands, y solo podía llegarse en barco. Así pues, solo pudieron asistir los familiares más cercanos, que acudieron remando desde Balhaire, más allá de Arrandale y Auchendar, las tierras de los Mackenzie, cruzando Loch Kishorn hasta el lugar donde el río desembocaba en el lago.

Allí, en el interior de las Highlands, no había casi nadie, ni casi nada. Antiguamente había un pueblo junto al río,

porque las tierras eran abundantes en caza, pero se había quedado deshabitado hacía mucho tiempo, y un antepasado de la familia Mackenzie había erigido la casa solariega sobre las ruinas de la población. Zelda siempre había preferido la libertad a un matrimonio que la tuviera atrapada, y su padre había permitido que siguiera soltera y tomara posesión de la casa abandonada. Ella, de joven, la había convertido en su hogar, reparándola y manteniéndola durante su vida.

Lo único que quedaba de aquel antiguo pueblo eran las ruinas de la abadía, construida en una colina que dominaba la cañada del río. Zelda había reconstruido la mitad de la antigua estructura y la había hecho habitable. La otra mitad, lo que una vez fue el santuario, no tenía muros, y de su tejado solo quedaban unos cuantos arcos y vigas. No tenía mucha utilidad, salvo la de proporcionar refugio y descanso a las vacas que entraban en el recinto de vez en cuando.

Ojalá ellos hubieran tenido un descanso de la lluvia helada que había golpeado sin cesar las ventanas el día de la *fête*.

Catriona se quedó triste, puesto que había planeado que la celebración fuera recordada por todos muchos años.

—Hoy estoy enfadada con Dios —les dijo a las otras mujeres que se habían reunido alrededor del fuego.

Entre ellas estaban su madre, la señora de Balhaire, y su hermana, Vivienne. También estaban presentes sus cuñadas, Daisy, Bernadette y Lottie.

—Llovió el día que la enterramos y hoy vuelve a llover. Ella se merecía algo mejor —dijo mientras alzaba la copa para que se la rellenaran de vino.

—A Zelda no le habría importado que lloviera, Cat —le dijo su madre—. A ella solo le habría importado que celebraras la *fête*. ¿No oyes su risa? Te diría: «¿Acaso esperabas que los querubines y los azulejos cantaran y trinaran para anunciar mi llegada? No, niña, el cielo llora cuando llamo a la puerta».

—Mamá —dijo Catriona. Sin embargo, sonrió sin poder evitarlo. Era cierto; su tía Zelda habría dicho algo parecido a eso.

—La echo de menos —dijo su madre, con afecto, y alzó su copa—. Era incomparable.

Aquello, en boca de Margot Mackenzie, era toda una alabanza. Zelda y ella siempre habían tenido una relación tensa, aunque Catriona no entendía completamente los motivos. Sabía que Zelda no podía perdonarle a su madre que fuera inglesa, lo cual, en realidad, era un pecado para muchos Highlanders. Sin embargo, Zelda también había creído siempre, con empeño, que su madre era una espía. En una ocasión, ella le había preguntado a su padre por qué pensaba la tía Zelda que su madre era una espía, y él la había mirado de una manera extraña.

—Hay cosas que es mejor dejar atrás, ¿de acuerdo? —le dijo él—. Además, no puedes creerte todo lo que dice Zelda, niña.

Pero ella se había dado cuenta de que su padre no había negado la acusación.

A pesar de aquella antigua enemistad entre las dos mujeres, durante los últimos meses de vida de Zelda, cuando ella no se encontraba bien, la madre de Catriona había ido una vez a la semana desde Balhaire para cuidarla. Las dos discutían sobre cosas que habían sucedido en el pasado, pero también se reían de algunos secretos.

Una de las sirvientas vertió vino en la copa de Catriona, y ella se lo bebió como si fuera agua.

Todos los Mackenzie estaban metidos en la casa, así que no había espacio suficiente para los juegos que había planeado Catriona, y pocas cosas para mantenerlos ocupados. Además, para ser sincera, tenía que reconocer que se estaba emborrachando. Se le escaparon unas cuantas risitas.

—Debería haber baile —dijo Lottie, y se movió con cierta incomodidad bajo el peso del niño que tenía en brazos.

Otro niño—. O algo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Vivienne—. No puedes bailar, Lottie —le dijo, señalando al niño con la cabeza. Lottie acababa de tener a Carbrey, y el nacimiento de un segundo varón tenía a Auley, el hermano de Catriona, paseándose por Balhaire como un pavo.

—Bueno, pero tú, sí —dijo Lottie, dándole un codazo a Vivienne—, y a mí me gustaría mirar.

—¿Yo? Yo soy demasiado vieja y estoy demasiado gorda para bailar —dijo Vivienne, y se puso una mano sobre el vientre. Los embarazos y partos de sus cuatro hijos le habían dejado una figura regordeta—. Bernadette puede bailar.

—¿Yo sola? —preguntó Bernadette, la mujer de su hermano Rabbie, que estaba agachada atizando los troncos del hogar—. ¿Y canturreo yo la música, también?

—¿Y yo? —preguntó Daisy, la mujer de Dailean, su hermano mayor—. Yo no estoy demasiado vieja para un bailecito.

—Ni demasiado gorda —añadió Lottie.

—No, pero tu marido sí es demasiado viejo —dijo Vivienne, asintiendo hacia Cailean. Él estaba sentado junto al brasero con su padre, y tenía las piernas estiradas y una jarra de cerveza en la mano.

—Es una pena que Ivor MacDonald no esté aquí para bailar con nuestra Cat —dijo la madre de Catriona, y sonrió con malicia a su hija.

Con la cantidad de vino que había bebido, Catriona había perdido las inhibiciones, y gruñó de frustración.

—¡Nunca descansarás hasta que me veas casada!

—¿Y qué tiene de malo eso, si puede saberse? —le preguntó su madre.

—Sí, ¿qué tiene de malo? —inquirió Daisy—. ¿Por qué no aceptas el cortejo del señor MacDonald, Cat? Parece muy agradable, y está completamente embobado contigo.

Ivor era un hombre gordo, de su misma estatura, con el pelo lacio y caído alrededor de la cara. Desde que había muerto Zelda, le había dado el pésame tantas veces que ella había perdido la cuenta.

—Puede estar todo lo embobado que quiera, pero yo soy demasiado inquieta como para unir mi vida a la de un constructor de barcos —dijo Catriona con vehemencia, y apuró la copa de vino. En realidad, su profesión no tenía nada que ver. El principal impedimento era que no tuviera cuello.

—Yo creo que eso no es correcto —dijo Lottie, mirando a Catriona con asombro, puesto que ella había alzado la copa para que volvieran a rellenársela—. Lo que ocurre es que él no te ha embobado a ti, eres tú la que ha hecho todo el embobamiento, ¿a que sí?

Catriona se rio.

—Tú entiendes muy bien lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo perfectamente —dijo Lottie—. Pero ya tienes treinta y tres años, Cat. Más tarde o más temprano tendrás que aceptar a un pretendiente, o te quedarás para vestir santos.

—¡Lottie! —exclamó Bernadette—. ¡Eso no está bien!

Catriona movió la mano con desdén.

—No es lo más agradable del mundo, pero es cierto. Tengo los pies bien plantados en el terreno de la soltería. He aceptado que voy a pasarme la vida sin marido ni hijos. Es lo mismo que hizo Zelda, y por elección propia. Sé cuál es mi camino: continuar con la labor de la tía Zelda.

—Yo preferiría pensar que tu destino es otro que vivir en Kishorn, apartada de la sociedad —dijo su madre—. Tú no eres Zelda, después de todo.

Ahí, precisamente, estaba el quid de la cuestión: no había una sociedad para ella. No tenía nada en lo que poder ocuparse, salvo aquella abadía que estaba en mitad de ningún sitio.

—¿Qué sociedad, mamá? ¿Te refieres a los Mackenzie y a todos sus hombres casados? O, tal vez, ¿te refieres a los MacDonald y a su representante, Ivor?

—Si no te gusta el señor MacDonald, hay más círculos sociales que podrías explorar —le dijo su madre—. Pero, como te pasas todo el día en Kishorn, te has aislado del mundo.

—Umm... —murmuró Catriona con escepticismo—. Creo que puedo decir que he conocido a toda la sociedad de las Highlands, y que no hay nada interesante para mí, como le ocurrió a mi querida y difunta tía. Además, las mujeres y los niños de la abadía me necesitan, mamá. A mí, eso me parece un gran objetivo en la vida. Aprendí todo lo que pude de Zelda. Las mujeres de la abadía no tienen otro sitio al que ir, y yo estoy decidida a continuar la labor de Zelda. No intentes convencerme de lo contrario, mamá —dijo. Se incorporó en la silla y miró a su alrededor—. ¿Dónde está esa sirvienta?

—Catriona, hija. Por favor —le suplicó su madre.

Pero ella no estaba de humor para hablar de sus planes para el futuro.

—Que *Diah* me ayude —dijo, y se puso de pie.

Al hacerlo, empezó a tambalearse, y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla para no caer. Estaba agotada de hablar de la situación.

—Vaya, creo que me gustaría bailar. ¿No está Malcolm Mackenzie por ahí? Estoy segura de que ha traído las gaitas.

—Por el amor de Dios, siéntate, Cat —le dijo Bernadette. La tomó de la mano y trató de que volviera a sentarse—. Estás borracha...

—¡Si casi no he bebido! —exclamó Catriona—. Es la inglesa que hay en ti, Bernie —le dijo ella, moviendo un dedo delante de su cuñada—. Los escoceses bailamos mejor si hemos bebido un poco de vino.

—Puedes hacerle daño a alguien —respondió Bernadette, y volvió a tirarle de la mano.

—No deberías beber tanto —le dijo Vivienne con desaprobarción.

—Debo beber y debo bailar —repuso Catriona.

Tiró de la mano para zafarse de Bernadette y, al instante, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Chocó de espaldas con alguien, se giró y se echó a reír con deleite al ver quién la había sujetado. Rhona MacFarlane era la abadesa de Kishorn. Rhona no era una verdadera abadesa; tenía un corazón de oro, pero no era monja. Sin embargo, todo el mundo se refería a ella como «la abadesa», porque había estado trabajando doce años con Zelda.

—¡Pues mira quién va a bailar conmigo, al final! Gracias, Rhona, querida mía. Me has salvado de una regañina, y me encantaría bailar —dijo Catriona, y le hizo una reverencia, inclinándose tanto, que estuvo a punto de caer de bruces.

—No tenemos música —dijo Rhona.

—Es cierto —dijo Catriona. Agarró a Rhona por los brazos e intentó hacer que girara para empezar a bailar—. ¡Necesitamos música!

—¡Señorita Catriona! —exclamó Rhona, y se liberó de ella.

—Está bien, está bien, voy a buscar a Malcolm —dijo Catriona, con algo de petulancia.

—Señorita Catriona, tenemos visita —dijo Rhona.

A Catriona se le escapó una exclamación de alegría.

—¡Visita! ¿Quién ha venido? —preguntó.

Se giró hacia la puerta, porque esperaba ver a los MacDonald de la isla de Skye, que conocían bien a Zelda. Sin embargo, los hombres que había allí no eran MacDonald. Por su aspecto, estaba claro que no eran amigos de los Mackenzie. De repente, se acordó de las dos cartas que había recibido Zelda durante aquellos últimos meses de vida. Las misivas eran de grueso pergamino y estaban selladas con

un lacre oficial. Zelda, sin embargo, las había despreciado como si no tuvieran ningún valor.

Catriona se enfureció. ¿Cómo se atrevían a presentarse allí, en la *fête* en honor de Griselda Mackenzie? Si pensaban que iba a resultarles fácil apropiarse de la abadía ahora que Zelda había muerto, ella misma iba a demostrarles que no era así, que estaba dispuesta a morir antes de permitirles que lo hicieran.

—¿De quién se trata? —preguntó su madre, poniéndose en pie.

—Son unos canallas, eso es lo que son —dijo Catriona, y echó a andar hacia la puerta sin que su madre pudiera detenerla. Cuando se acercó a los dos hombres, el que estaba en primer puesto inclinó la cabeza.

—¿Quiénes son? —inquirió ella.

—Ah. Usted debe de ser la señorita Catriona Mackenzie —dijo el hombre, con un marcado acento inglés. Se quitó el sombrero y echó el agua del ala al suelo y sobre uno de los perros de Kishorn, que se sacudió el pelaje.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? ¿Y cómo han llegado hasta aquí?

—Mi deber es conocer su nombre, y un hombre de Balhaire ha sido tan amable como para traernos —dijo, mientras se quitaba la capa empapada y se la entregaba al caballero que estaba detrás de él. Tenía empapados el abrigo y el chaleco, y olía a lana húmeda—. Soy el señor Stephen Whitson, agente de la Corona. ¿Tendría la amabilidad de informar a su señor que he venido a tratar un asunto urgente con él?

—¿A mi señor?

El hombre la miró con calma.

—Como he dicho, es un asunto urgente.

—¿Es el mismo asunto urgente por el que estuvieron importunando con sus cartas a mi tía enferma en su lecho de muerte?

—Disculpe, señorita Mackenzie, pero este es un asunto de hombres...

—No, es una cuestión de decencia —respondió ella.

Al notar que alguien la tomaba con fuerza del hombro con una mano, se sobresaltó. Cailean apareció a su lado y la miró con la advertencia de que mantuviera la boca cerrada.

—Le ruego que me perdone, pero, entonces, ¿de qué se trata? —preguntó él con calma.

—Milord, soy el señor Stephen Whitson, a su servicio —le dijo el hombre, inclinándose sobre la pierna que había estirado.

—Quiere quedarse con la abadía, de eso se trata —dijo Catriona con furia.

—Cat —dijo Auley, que se acercó y se colocó al otro lado. Le tomó la mano y se la colocó en el antebrazo, y se la apretó con tanta fuerza que ella se estremeció—. Deja que este hombre hable, ¿de acuerdo?

—Ciertamente, esta abadía es una preocupación para la Corona —dijo Whitson—. Vengo de parte del gabinete de lord Advocate, el abogado de Su Majestad.

—¿La Corona? —repitió Cailean con escepticismo. Dio un paso hacia delante y se colocó delante de Catriona—. Perdón, señor, pero estamos en mitad del funeral de Griselda Mackenzie.

—Mi más sentido pésame —dijo Whitson—. Lamento que mi llegada sea inoportuna, pero nuestra correspondencia anterior no obtuvo respuesta. Como he intentado explicarle a la señorita Mackenzie, he venido a tratar un asunto urgente con el señor de la casa.

—Tráelos aquí, Cailean —dijo el padre de Catriona, desde el otro extremo de la habitación.

Whitson no esperó más invitación. Rodeó a Cailean y atravesó la estancia sin prestar atención a quienes lo rodeaban. Todos se habían quedado en silencio y miraban con los ojos entrecerrados al recién llegado.

Cailean siguió a Whitson, pero, cuando Catriona intentó moverse, Auley la sujetó.

—Quédate aquí.

—¡No, Auley! Ahora esta es mi abadía.

Sin embargo, Auley no le permitió que se zafara de él.

—Pues entonces, si quieres conservarla, cierra la boca, Cat. Ya sabes cómo eres, ¿no? Especialmente, cuando has bebido más de la cuenta.

—¿Y qué pasa si he bebido? Zelda ha muerto y he ahogado mis penas —le dijo.

Se sacudió sus manos y siguió apresuradamente a los demás.

Su padre se había puesto en pie.

Necesitaba un bastón para apoyarse, pero todavía tenía una figura imponente y le sacaba una cabeza de estatura al señor Whitson. Su padre tenía mucha inteligencia a la hora de juzgar a los demás, y al señor Whitson debió de juzgarlo enseguida, porque no le ofreció comida ni bebida. Dijo, con sequedad:

—Entonces, ¿cuál es su mensaje?

El señor Whitson alzó la barbilla ligeramente.

—Como usted va al grano, milord, yo lo haré también. La abadía de Kishorn se utilizó de manera ilícita para ayudar y secundar a traidores jacobitas que querían destronar a nuestro rey en la rebelión del cuarenta y cinco y, por esa traición, la propiedad ha sido requisada.

Toda la familia dio un jadeo de incredulidad, salvo su padre, Arran Mackenzie, que se echó a reír.

—¿Disculpe? La abadía de Kishorn está en unas tierras que han sido propiedad de los Mackenzie durante más de doscientos años. Nadie ha ayudado ni secundado a ningún traidor. Hemos sido súbditos leales.

—La señorita Griselda Mackenzie era una simpatizante de los jacobitas y dio refugio a rebeldes que huían después de la batalla de Culloden. No se moleste en negarlo, milord. Tenemos el testimonio de dos de los simpatizantes. Y,

como la propiedad se utilizó para proteger a traidores, el rey ha dado la orden de su requisamiento.

—¿El rey? —preguntó Cailean con incredulidad—. Pero si ya han pasado diez años desde la revuelta.

El señor Whitson se encogió de hombros.

—Fue un delito entonces y sigue siéndolo ahora.

—¿Qué interés tiene la Corona en una vieja abadía? —preguntó Rabbie—. Se está cayendo, y está demasiado alejada de la civilización como para poder ser útil.

—Sí tiene interés —dijo el señor Whitson—. Hay algunas personas que piensas que se puede utilizar para cosas mejores que darles residencia a mujeres de mala reputación.

Catriona mostró su indignación.

—¡Cómo se atreve! ¿Es que no tiene compasión?

Whitson se giró tan rápidamente que ella se sobresaltó.

—Hay muchos en estas colinas que no quieren aquí a las mujeres a las que usted acoge, señorita Mackenzie. Algunos están completamente en contra.

—Lo que hagamos con nuestra propiedad no es asunto de nadie —replicó Catriona. Notaba que Rhona estaba a su espalda, temblando nerviosamente, y notaba aún más que se le estaban enrojeciendo las mejillas de ira.

—Voy a pasar por alto su falta de cortesía, Whitson, porque no es usted de esta parte del mundo —dijo su padre—. Pero si vuelve a hablarle así a mi *nighean*, tendrá que enfrentarse a la justicia de las Highlands.

Whitson enarcó una de sus gruesas cejas.

—¿Está amenazando a un enviado del rey, milord?

—Amenazaré a cualquier hombre que se atreva a hablarle a mi familia de ese modo —le espetó su padre—. Entonces, ¿habéis traído un decreto oficial, o tenemos que aceptar la palabra de un *Sassenach*?

Whitson entrecerró los ojos.

—Pensaba que era un hombre razonable, Mackenzie, puesto que tiene una buena reputación. Sin embargo, será

mejor para todos que no opongan demasiada resistencia. Se le envió un decreto oficial a la señorita Griselda Mackenzie. No tengo una copia del documento en este momento, pero puedo encargarme de una copia, si es lo que prefiere.

—Griselda Mackenzie ha muerto —respondió su padre—. Hasta que yo no haya visto una comunicación oficial, no tengo motivos para creer lo que dice.

El señor Whitson se agarró las manos por detrás de la espalda.

—Haré que se lo envíen inmediatamente. Pero, para adelantar el proceso, permítame que le informe de que el decreto les concede a su familia y a usted seis meses para desalojar la propiedad. Cumplido ese plazo, la propiedad se tomará por la fuerza. Las tierras han sido requisadas, mi lord. Las órdenes del rey son claras.

A Catriona empezó a darle vueltas la cabeza. Tuvo ganas de vomitar. Había veintitrés personas en la abadía. Todos ellas, menos uno, eran mujeres y niños pequeños que habían sido expulsados de la sociedad. ¿Adónde iban a ir?

—Bien. Usted tiene un cuarto de hora para salir de nuestras tierras, o también será expulsado por la fuerza —respondió su padre. Después, les dio la espalda a aquellos extraños.

—Recibiré el decreto a finales de semana —dijo el señor Whitson con frialdad. Después, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—¿Es que no tiene conciencia? —le espetó Catriona, cuando pasó a su lado.

Él se detuvo y la miró fijamente, y Catriona notó un escalofrío por la espalda.

—Señorita, le aconsejo que dedique sus obras de caridad a mujeres decentes.

—Salga de aquí —le dijo Rabbie en voz muy baja.

Whitson salió de la estancia. Su ayudante lo siguió llevando su capa empapada.

Todos se quedaron callados durante unos instantes después de que los intrusos se hubieran marchado. A Catriona le daba vueltas la cabeza. Pensó en las mujeres que vivían en la abadía. Molly Malone, a quien su marido había pegado tan brutalmente, que había perdido el niño que estaba esperando. Ella se había escapado de casa en medio de la noche, con sus otros dos niños pequeños y una sola corona en el bolsillo. Y Anne Kincaid, a quien su padre había echado de casa cuando era una muchacha porque no la quería. Se había visto obligada a ejercer la prostitución para poder sobrevivir. Y Rhona, la querida Rhona, una bendición para Kishorn. Cuando su marido había muerto, nadie la había acogido en su casa, y había trabajado a destajo durante un año, pero no había podido pagar la renta de su casa y el casero le había ofrecido un trato: su cuerpo a cambio de un techo. Rhona había resistido durante tres meses antes de rechazarlo y, entonces, él la había echado a la calle sin titubear.

Había más mujeres, la mayoría con hijos pequeños, y Catriona no podía soportar pensar qué iba a ser de ellas. Se hundió en una silla, con el estómago encogido, el corazón acelerado por el miedo y un terrible dolor de cabeza.

—Bien... —dijo la madre de Catriona.

—*Airson gradh Dhè*, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Auley.

—¿Qué podemos hacer, que no se haya intentado antes? —preguntó su padre, con suavidad, mientras volvía a su asiento—. Los MacDonald ya intentaron que les devolvieran a sus herederos las tierras que les habían requisado, y no lo consiguieron.

—Sí, pero las tierras que querían recuperar eran cultivables —dijo Cailean—. Más valiosas que estas —añadió, y señaló vagamente hacia la ventana.

—Sí, esto no vale para plantar nada —dijo su padre—. Pero sí tiene valor como pasto para las ovejas de algún *Sassenach*.